

La sopimpa de mi tierra

La adjudicación de falsas etimologías a las palabras, incluidos los nombres geográficos, resulta un fenómeno corriente en la práctica comunicativa. Corresponde a la investigación científica la búsqueda y el restablecimiento de la verdad objetiva



La comunidad de Sopimpa es la cabecera de uno de los consejos populares de Fomento.

Pedro de Jesús

ASI no caben dudas de que *Sopimpa*, nombre de un conocido asentamiento espirituario del municipio de Fomento, tiene su origen en *sopimpa*, sustantivo propio y común usado en el español de Cuba del siglo XIX, aun cuando no aparezca en ninguna de las ediciones que Esteban Pichardo realizó de su célebre diccionario de *provincialismos*.

La *sopimpa* fue el título de una pieza musicalailable creada en Santiago de Cuba por el compositor Manuel Delgado (?-1852) en los años 40 de esa centuria. Varios son los testimonios que lo confirman: desde crónicas en la prensa local de la época, suministradas por los investigadores Nancy Pérez y Ernesto Triguero en sendos estudios, hasta la partitura para piano de la obra, revisada y transcrita por la musicóloga Franchesca Perdigón.

También se encuentra *sopimpa* como denominación de un baile o manera de bailar sujeta a ciertas pautas. Bartolomé José Crespo, en *Las habaneras pintadas por sí mismas en miniaturas*, volumen costumbrista que vio la luz en 1847, da fe de ello por boca de una mulata: «Y, «noramala el jaleo / el fandango y las boleras / —dice ella—, cuando yo bailo / la *sopimpa* de mi tierra, / el *merengue* y la *ley brava*, / danzas para mí compuestas».

Con esta acepción trascendió a una zarzuela española decimonónica, *El relámpago* (1857), ambientada en Cuba, con libreto de Francisco Camprodón y música de Francisco Asenjo Barbieri: «Algunas parejas de negros bailan el cocuyé, mientras otros les acompañan con la *sopimpa*». Es el final de la obra, y un coro debe cantar: «Ay qué guito, qué plasé, / qué cosa rica, / ve bailá e cocuyé / con la *sopimpa*».

Empleo similar, a todas luces anacrónico, da Lezama Lima a *sopimpa*. En el capítulo XI de *Paradiso* (1966) aparece un grabado donde dice: «La *sopimpa* habanera de 1948». Y el narrador añade: «En el óvalo del grabado, hombre y mujer danzantes, los ojos muy irritados, es el fervor deseoso el que los hace mirarse sobresaltados. Él le aprieta la pequeña cintura. Ella con elegante *langueur* deja caer su mano sobre el hombro del acompañante».

Hallo otra acepción del sustantivo común *sopimpa* vinculada con lo danzario. En un pasaje de *The Pearl of The Antilles or An Artist in Cuba* (1873), Walter Goodman, pintor inglés

que residió en Santiago de Cuba entre 1864 y 1868, asegura que en la danza criolla se ejecutan «ciertos movimientos graciosos de las extremidades, comúnmente llamados, en la lengua del país, «la *sopimpa*»». Medio siglo después, en su *Glosario de afronegrismos* (1924), Fernando Ortiz sitúa el movimiento de la *sopimpa* decimonónica, no en brazos y piernas, sino en las caderas...

La palabra *sopimpa* produjo derivados en su tiempo, aunque es probable que fueran creaciones ocasionales. En la edición del 19 de agosto de 1855, el diario santiaguero *El Redactor* discurre, en tono humorístico, sobre la *sopimpitis*, «una afección de carácter esencialmente nervioso, que ataca con frecuencia los plexos de toda la columna vertebral, y los tendones de los músculos, desde la región de los lomos, hasta el mismo tendón de Aquiles». Por otra parte, *La sopimperera* tituló el sevillano Isidoro Hernández (1847-1888) una de sus habaneras publicadas en 1871. El estribillo decía así: «Sopimperera soy tenaz, / la *sopimpa* es mi placer, / y aunque no quiera bailar, / tienen vértigo mis pies». Y *El Sopimperero* —afirma Ramón María de Araíztegui en *Votos de un español*— se llamó una «hoja política republicana», fechada el 16 de enero de 1869, que, como *La Sopimpa* y otros impresos que circularon gracias a la brevísima libertad de imprenta concedida ese mes por el capitán general Domingo Dulce, tenía un notorio carácter anticolonial.



Vista del asentamiento desde la escuela Juan Abrantes. /Fotos: Vicente Brito

El sustantivo *sopimpa* sirvió, además, como denominación de otras entidades. En diciembre de 1880 se anuncia en *La Gaceta de La Habana* la subasta pública del potrero La Sopimpa, anexo al ingenio Soledad, en el partido judicial de Cienfuegos, perteneciente a la antigua provincia de Santa Clara. Y antes, en las décadas del sesenta y el setenta, en un texto y dos mapas firmados por Esteban Pichardo, se lee *tienda La Sopimpa ~ tienda Sopimpa*, aparentemente en el lugar donde se ubica el actual poblado fomentense de Sopimpa o en sus proximidades.

Según *Fomento en la mano. Diccionario geográfico* (2015), de Marlene García *et al.*, este «asentamiento» se había iniciado «a principios del siglo XIX con la construcción del ingenio San José del Purial en la finca registrada en 1859 como San Marcos o Sopimpa». Lo cierto es que en 1891, en la *Guía geográfica y administrativa de la isla de Cuba*, obra de Pedro José Imberón, y en 1896, en un croquis de la provincia de Santa Clara con fines militares, se señala *Sopimpa* a secas, como un auténtico ecónimo.

Ante el cúmulo de evidencias reunidas, parece atinado inferir que *Sopimpa*, el ecónimo contemporáneo, se inserta orgánicamente en el proceso semántico de ampliación referencial que experimentó la voz *sopimpa* desde el ámbito músico-danzario a otras esferas de la vida en las últimas décadas del siglo XIX, acaso porque se había convertido en marca de criollismo y cubanía, prueba de lo cual sería la utilización que de ella o sus derivados hicieron, tanto impresos políticos en favor de la independencia a comienzos de la Guerra de los Diez Años, como creaciones artísticas peninsulares que intentaron sugerir a través suyo una atmósfera o ambiente que imaginaban peculiar o típica de Cuba.

No se sabe la motivación original de *sopimpa*, invención santiaguera hasta donde los documentos apuntan. ¿Se le ocurrió al Maestro Delgado? ¿Elegió el vocablo para título solo por como sonaba —señaladamente la eufónica repetición de las pes— o

buscaba que en *sopimpa* se escuchase, atenuado, el eco de otra palabra que juzgó preferible esconder? Quien realizó la traducción de la última edición cubana del libro de Walter Goodman parece creer que esa lexía encubierta era *sopeteo*... Pero en el texto del viajero inglés ni se dice ni se insinúa.

En su *Glosario*... Fernando Ortiz incluye *sopimpa* como sinónimo de *bofetada* y *soponcio*, y aun con el significado adjetivo 'triste, apocado, tonto'. En todos los casos, supone el étimo *sukpikpa*, nombre de un amuleto dahomeyano que «priva bruscamente a los hombres de su libre albedrío, los hace irresponsables y los lleva, a pesar suyo, a herir o matar». Estima, asimismo, que en *sopimpa* 'bofetada' y *sopimpa* 'soponcio' debió existir una contaminación fonética entre la unidad léxica africana y, respectivamente, *sopapo* y *soponcio*. En cuanto a las acepciones 'cierto baile afrocubano del siglo pasado' y 'cierto movimiento gracioso de caderas de dicho baile', Ortiz las considera posteriores a las otras y sin nexos genealógico con ellas.

En *Vocabulario espirituario* (1928), Manuel Martínez-Moles recoge solo la acepción relativa al baile, sin vigencia ya, y la expresión *velas de Sopimpa* 'velas de sebo, hechas en molde', enigmática para mí... Salvo *Un catauro de cubanismos* (1923), del propio Ortiz, y el diccionario de José Sánchez-Boudy, de 1978 —que contemplan nada más la acepción concerniente al golpe en la cara: 'sopapo' (Ortiz) o 'galletazo' (Sánchez-Boudy)—, ningún otro repertorio de cubanismos de que tenga noticia asienta *sopimpa* en su nómina.

La pérdida de vitalidad del vocablo en el siglo XX, sin embargo, no impidió, como vimos en *Paradiso*, que el discurso literario de ficción se apropiase de ella. Mucho antes que Lezama Lima, dos de los escritores del Grupo Minorista que participaron en la escritura de la novela colectiva *Fantoches* 1926, Alberto Lamar Schweyer y Jorge Mañach, lo habían hecho, en los capítulos III y IV, para denominar un personaje referido: el mulato Peñalver, alias Sopimpa, oriundo de la provincia de Santa Clara, acorde con la división político-administrativa de la época.

Al margen de estos empleos puntuales, circunscritos a la literatura, la realidad es que *sopimpa* cayó en desuso. Sumado a este hecho, el desconocimiento sobre la historia de la voz propició su reanálisis como una lexía compuesta por la interjección *so* y el nombre de animal *Pimpa*: «Según la tradición popular, un campesino tenía una yegua nombrada Pimpa en la hacienda San Marcos; un día se le espantó y se desbocó, y el campesino, para detenerla, gritaba: «¡So, Pimpa!», y el lugar quedó bautizado de esa manera» (*Fomento en la mano*...).

La adjudicación de falsas etimologías a las palabras, incluidos los nombres geográficos, resulta un fenómeno corriente en la práctica comunicativa. Mediante él, los hablantes ejercitan su intuición lingüística y, a veces, su natural gracejo. Corresponde a la investigación científica la búsqueda y el restablecimiento de la verdad objetiva.